



**monseñor  
PARRA LEÓN**

**EL EVANGELIO  
COMO  
LEVADURA**

El día 26 de enero murió Mons. Parra León cuando el carro en que viajaba fue embestido por otro que se desplazaba a gran velocidad. Sentimos dolor de su pérdida; pero nos parece muy suyo que se haya ido así, de golpe, antes que la decrepitud arruinara esa imagen tan natural y resuelta con la que queremos recordarlo. SIC publicó muchos de sus escritos y comentó solidariamente sus tomas de posición. Al dejar su diócesis escribimos una editorial programática (Nº 494, ab. 1987, 148). Por eso estas palabras de ahora no quieren ser el recuento de su vida sino la expresión de nuestro agradecimiento, de nuestra solidaridad y de nuestro homenaje.

Conocimos a Monseñor desde los días lejanos de Maracaibo. Son recuerdos gratos por su vitalidad y la amistad que nos unía. Incluso uno de nosotros comenzó a desempeñarse en el Colegio Gonzaga como profesor de literatura latinoamericana cuando él tuvo que ausentarse a tierras sucrenses. Desde entonces arranca nuestra solidaridad. Porque fuimos haciendo a la par el mismo camino y por eso acabamos por encontrarnos. El Espíritu nos llevaba por las mismas aguas, como a tantos otros en Venezuela y Latinoamérica y por eso fácilmente nos reconocimos y marchamos solidariamente.

A Monseñor le sentó bien el episcopado. En él se fue haciendo persona y cristiano. Porque él no fue un funcionario subalterno (de los que tan acostumbrados nos tiene nuestra burocracia) que sólo busca complacer a los que lo eligieron y que no se siente responsable ante quienes dice servir. El fue "ordinario del lugar", es decir el pastor directo de sus hermanos

sucrenses. En cumplimiento de este encargo trató con todas sus fuerzas de conocer a los suyos y de que los suyos lo conocieran a él. Se encontraron en la vida diaria, él no admitió arcos de triunfo ni discursos estereotipados; fue directo al grano: a las necesidades, a los problemas, a las esperanzas. El encontró a su pueblo como Jesús al suyo: "agobiados y decaídos, como ovejas sin pastor". Y movido, como él, por la misericordia se puso en medio de ellos a enseñarlos, a abrirles los ojos, a defenderlos, a congregarlos. No sólo fue voz de los que estaban sin voz sino que estimuló su organización para que ellos mismos hablaran y lucharan, y él los respaldaba cuando la cosa se ponía dura.

Si algún prejuicio tenía era el de su teología descontextuada y dualista, que identificaba Iglesia e institución eclesial y tenía el instintivo horror a la masa organizada como caldo de cultivo marxista. El llegó a pensar distinto a partir del ejercicio concreto de la misericordia, una misericordia que para merecer el nombre de cristiana se ejercía de un modo horizontal y no paternalista. Al avanzar en el ejercicio de la misericordia se encontró hablando y pensando y metido en conflictos y tomando unas posiciones que años antes le habrían parecido tremendamente sospechosas. Y por eso, junto con la paz y la alegría que encontraba en su apostolado, sintió también soledad, dudas y temores; porque el vino nuevo no puede ser contenido en odres viejos y éstos revientan y el cambio de piel es lento y se da a través de la intemperie en la que se vive de fe y se aprende humildad a base de humillaciones. Monseñor se sintió a veces solo en

medio de su pueblo que, acostumbrado a agachar la cabeza al yugo, tenía miedo, más aún que él, de seguir los caminos de la solidaridad organizada y digna. Se sintió a veces solo y defraudado por sacerdotes y religiosos que ante dilemas ineludibles escurrían el bulto o se plegaban a la seguridad del orden establecido y a la benevolencia de sus personeros. Se sintió solo entre sus hermanos de episcopado y hubo de comprar entre ellos la libertad de seguir su camino con el silencio sepulcral en debates y posiciones generales. Sin embargo también sintió muchos momentos de profunda alegría en medio de gente popular; también se contentaba bastante en reuniones del clero viendo cómo lentamente se asumían posiciones y en vez del trato institucional y distante iba haciendo la fraternidad sacerdotal y religiosa; también se contentaba cuando hermanos en el episcopado asumían posiciones gallardas en defensa de su pueblo.

Llegó a uno de los Estados más marginados y empobrecidos del país, a una diócesis en la mayor penuria de personal y recursos. Monseñor Alfredo Rodríguez es testigo de que dejó un clero y una vida religiosa unidos en la tarea pastoral, acostumbrados a reflexionar y orar juntos y a hacer camino con el pueblo en medio de muchas deficiencias; dejó un seminario, todavía falto de muchas cosas, pero con dotación material suficiente y una gran dosis de amor e ilusión en su equipo humano. Dejó sobre todo una estela imborrable de solidaridad; su lugar social fueron los humillados, los despalabrados, los oprimididos. Y así fue un testigo de la predilección de Dios por los pobres en una situación de pecado, con lo que este testimonio lleva de dolor, de martirio.

Poco antes de morir firmó un telegrama de solidaridad con Gustavo Gutiérrez por los servicios que con su teología y pastoral presta a la Iglesia latinoamericana. Ante la observación de que el telegrama era un poco comprometido en esta situación eclesial, manifestó: yo estoy en eso. Como antes lo estuvo al formar parte con otros 120 obispos del Comité Patrocinador de la colección Teología y Liberación.

Es nuestro hermano mayor, forma parte de nuestra historia. Dios hará que la ida a su casa sea fecunda como lo fue su estancia entre nosotros. Le pedimos especialmente que no falten a nuestra Iglesia venezolana pastores que, cada uno a su estilo, sigan ese mismo camino.